

Guerra, innovación e inflación



José Luis Calvo Albero
Coronel del Ejército

Academia de las Ciencias y las Artes Militares
Sección de Pensamiento Militar y Moral

Los que se preparan para la guerra sufren con frecuencia un fenómeno que es por otra parte producto de la propia naturaleza humana: la fascinación por lo novedoso. Podríamos dar a ese fenómeno el nombre de inflación, porque se manifiesta mediante un interés exagerado por la novedad, que lleva a veces a unas expectativas también exageradas sobre sus posibilidades y a un desarrollo que puede rozar lo monstruoso; tanto es así, que puede terminar por proporcionar más problemas que beneficios. Probablemente el fenómeno se entienda mejor con algunos ejemplos, y desde luego ejemplos de inflación no faltan en el último siglo de conflictos.

La Primera Guerra Mundial comenzó con una confianza ciega en la movilización, la maniobra y la moral, herencia de las Guerras Napoleónicas. Como resultado, los campos de batalla se llenaron con millones de soldados plétóricos de empuje que fueron aniquilados en masa en los primeros meses de la guerra porque no se había calibrado bien el impacto de las nuevas tecnologías. Los estados mayores reaccionaron rápidamente, y consagraron el fuego como el nuevo dios de la guerra. La artillería sufrió una hiperinflación que convirtió las batallas en un mero problema de abastecimiento de munición y cambios de asentamiento.

Como la masacre no solo no cesó, sino que se incrementó, algunos visionarios comenzaron a proponer un retorno a la maniobra, pero esta vez apoyada por la tecnología y una táctica adecuada. No obstante, la guerra terminó por agotamiento antes de que pudieran poner sus ideas en práctica en toda su amplitud.

La Segunda Guerra Mundial comenzó con una clara inflación de la maniobra, esta vez combinaba con carros de combate, aviación de apoyo y comunicaciones por radio. La Guerra Relámpago hizo furor, aunque nadie se dio cuenta inicialmente de sus limitaciones logísticas, al menos hasta que la Wehrmacht se quedó atascada y desabastecida a medio camino de Moscú. Afortunadamente, unos Estados Unidos recién llegados a las guerras europeas aportaron la aparente solución a aquel problema e inventaron la logística militar moderna. Se pusieron a ello con tal entusiasmo que aplicaron un alto grado de inflación, y pudieron comprobar en el camino a la frontera alemana como la inmensa máquina logística consumía los recursos y suministros que deberían llegar a las tropas de primera línea. El colapso sobrevino de nuevo, y la sobrecarga logística se prolongó durante décadas en detrimento de las fuerzas de combate, que siempre fueron escasas en Corea o Vietnam.

Las bombas de Hiroshima y Nagasaki dieron pie a un nuevo periodo de inflación. Curiosamente, uno de sus principales promotores fue Dwight D. Eisenhower convertido de inflacionista logístico, cuando era General, a inflacionista nuclear cuando llegó a Presidente. Preocupado por el coste de mantener unas fuerzas armadas permanentemente alertadas y alistadas durante la Guerra Fría, Eisenhower apostó por la fuerza aérea y las armas nucleares. Si había guerra, sería nuclear. El modelo entró en crisis cuando los avances de la Unión Soviética en armas nucleares y misiles balísticos pusieron en evidencia que una guerra nuclear significa sencillamente la destrucción mutua asegurada. Eso no evitó que se continuase con el proceso inflacionista, y que ambas superpotencias desarrollasen un arsenal nuclear claramente exagerado, capaz de destruir decenas de veces a su rival.

La siguiente oleada de inflación se centró en la estrategia revolucionaria y las guerras de descolonización. Durante un tiempo la guerra se consideró esencialmente un asunto de propaganda, subversión y contrasubversión, y una enconada lucha por ganar los corazones y mentes de la sufrida población civil. En esta ocasión fue Francia la que lideró la inflación, al menos la doctrinal, hasta el punto de que los manuales de subversión y contrasubversión franceses eran utilizados como libros de texto por las propias organizaciones subversivas. Los revolucionarios terminaron por obtener un éxito relativo, aplicando tantas dosis de terror como de persuasión, y haciéndose con el poder en países convertidos en eriales. Las fuerzas occidentales, por su parte, abortaron muchos procesos revolucionarios, pero utilizando métodos de los que difícilmente podían sentirse orgullosos. Todo el asunto terminó con un piadoso olvido, cuando las posibilidades de la tecnología comenzaron a despuntar de nuevo en los años 70 del pasado siglo.

Comenzó entonces el proceso de inflación en el que todavía estamos inmersos hoy en día, aunque dentro de él pueden identificarse sucesivas oleadas. La primera se centró en las operaciones en red y la superioridad en la gestión de la información. Los sistemas digitalizados de mando y control e inteligencia se convirtieron en la nueva arma maravillosa, y ciertamente consiguieron un éxito notable en la Guerra del Golfo de 1991, aunque contra un sparring rígido, pesado y masivo que parecía diseñado para la ocasión.

El éxito en Iraq fue el banderazo de salida para un fenómeno de inflación generalizada de los sistemas de mando y control e inteligencia. Los cuarteles generales proliferaron como hongos mientras las unidades de combate se reducían a niveles alarmantes. El número de oficiales de estado mayor y analistas de inteligencia se incrementó hasta niveles a veces absurdos. En algunos momentos de la guerra en Afganistán había más analistas de inteligencia trabajando sobre la insurgencia talibán, que combatientes talibán activos. Todo el sistema volvió a atascarse en conflictos en los que hacía falta una presencia masiva sobre el terreno que resultaba imposible de generar.

En medio de esa primera ola inflacionista comenzó a formarse la segunda. Su origen está en el desarrollo de tres herramientas que convierten al ciudadano en terminal permanentemente conectado a una red virtual: la red global (*internet*), las redes sociales y el *smartphone*. La nueva situación favorecía un renacimiento de las viejas técnicas de propaganda y guerra política, de las que la Unión Soviética fue maestra, combinadas con ciberataques que, en un mundo cada vez más conectado, podían tener consecuencias cada vez más serias. Todo este desarrollo se vio muy favorecido por la crisis económica de 2008 que erosionó dramáticamente la confianza de la población en sus elites gobernantes, y abrió el camino a la desinformación masiva. La guerra híbrida surgió de nuevo y se convirtió en el nuevo modelo estandarizado de conflicto y las operaciones para manipular la información y perturbar el funcionamiento de las redes digitales pasaron a ser la nueva arma decisiva.

La idea agradó enormemente a muchos políticos ya que presentaba una forma de guerra barata, bastante incruenta y que, sobre todo, sonaba a moderno. De poco sirvió que la evidencia en las guerras híbridas reales fuera muy diferente. Georgianos y ucranianos sufrieron sin duda las consecuencias de acciones de desinformación y ciberataques rusos, pero lo que desbarató sus operaciones militares tuvo que ver más con acciones convencionales con artilugios tan anticuados como artillería y carros de combate. El *Daesh* utilizó magistralmente la propaganda en sus campañas de reclutamiento, pero sus éxitos iniciales tuvieron más que ver con la extrema belicosidad de sus combatientes y las oleadas masivas de vehículos suicidas que precedían a sus ataques.

Como el resto de los fenómenos de inflación, la fascinación por la “guerra virtual”, basada en ciberataques y operaciones de información/desinformación cesará cuando estas herramientas encuentren su encaje y se integren plenamente en el sistema de capacidades de seguridad y defensa. Ahí está precisamente la clave para evitar la inflación. Todos los

sistemas que sufrieron ese fenómeno introdujeron novedades considerables en la forma de librar los conflictos y en algunos casos, como las armas nucleares, modificaron la forma de entender la guerra. Sin embargo, ninguno de ellos, ni siquiera las armas nucleares, aportó por sí solo la clave de la victoria que de ellos se esperaba. Los nuevos sistemas encontraron su verdadero valor cuando encontraron su nicho de máxima eficacia en un "sistema integrado de capacidades".

No existen armas ni capacidades militares maravillosas y determinantes. Lo que existen son sistemas de seguridad y defensa eficaces y equilibrados, lo suficientemente flexibles como para integrar rápidamente nuevas capacidades, y lo suficientemente prácticos como para ser sostenibles. Para crear y mantener esos sistemas, la fascinación por lo nuevo, hasta el punto de olvidar lo práctico, lo sostenible y lo sensato, no es una buena consejera. En las academias militares siempre ha sido mejor promover el pensamiento crítico, sazonado con un sano escepticismo, que la fascinación por la última moda.